

*Izquierda comunista y cambio político: el caso de la ORT**

Emanuele Treglia

LUISS-CIHDE

Resumen: El artículo examina la experiencia de la maoísta ORT durante la Transición española, tomándola como caso de estudio para poder comprender mejor las dinámicas que han caracterizado la izquierda comunista en aquella fase histórica. Se toma en consideración no sólo su política, sino también su actuación en el movimiento obrero. El texto se propone así explorar los límites y las razones de unas alternativas que salieron vencidas del proceso de cambio democrático, como la búsqueda a ultranza de la ruptura, la lucha contra el pacto social o la reivindicación de un diferente modelo constitucional.

Palabras clave: Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Transición española, maoísmo, ruptura democrática, Sindicato Unitario (SU).

Abstract: The article analyzes the experience of the maoist ORT during the Spanish Transition, using it as a case study to achieve a better understanding of the dynamics that characterized the communist left in that historical phase. It takes into account not only the ORT's politics, but also its activity in the worker movement. In this way, the text aims to explore arguments and limits of some alternatives defeated during the process of democratic change, such as the firm search for the demo-

* Este artículo se enmarca en el proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad HAR2012-34132. Una versión previa, inédita, ha sido presentada en el seminario *Transición y democracia*, organizado por el CIHDE de la UNED (diciembre de 2012).

cratic rupture, the struggle against the social pact and the claim for a different constitutional model.

Keywords: Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT), Spanish Transition, Maoism, democratic rupture, Sindicato Unitario (SU).

Entre finales de los sesenta y principios de los setenta se produjo una multiplicación de los comunismos españoles. Se asistió entonces a la proliferación de organizaciones marxista-leninistas que pretendían recuperar y fomentar aquel espíritu revolucionario supuestamente abandonado por el Partido Comunista de España (PCE). Éste, en efecto, desde la mitad de los cincuenta había emprendido una profunda evolución ideológica que desembocaría en la fórmula eurocomunista. Buscando presentar una imagen democrática y tolerante y alcanzar una alianza interclasista contra la dictadura, el partido de Carrillo había puesto en marcha un proceso de secularización de su discurso, alejándose de los dogmas de la tradición comunista y adoptando paulatinamente posturas compatibles con los valores propios de los sistemas occidentales¹. La progresiva moderación del PCE, entrelazándose con otros factores como las repercusiones en España del 68 mundial y la escalada represiva que culminó con los estados de excepción de 1969 y 1970-1971², favoreció el florecer de grupos radicales que ocuparon el creciente vacío político dejado a su izquierda³.

La mayoría de las nuevas organizaciones marxista-leninistas del interior, al mismo tiempo que criticaban el «revisionismo carrillista», rechazaban la tradicional identificación con las políticas soviéticas. Efectivamente, al encontrarse el mito de la URSS en una situación de declive, prefirieron orientarse hacia las llamadas «nuevas izquierdas» y las corrientes de comunismo alternativo que, al contrario, conocían entonces su auge en occidente⁴. El maoísmo,

¹ Jesús SÁNCHEZ RODRÍGUEZ: *Teoría y práctica democrática en el PCE*, Madrid, FIM, 2004, y Emanuele TREGLIA: «Dall'ostracismo alla legittimazione. Il Partito Comunista di Spagna e la costruzione di un'immagine democrática», *Ventunesimo Secolo*, 28 (2012), pp. 37-58.

² Véanse la introducción y los otros artículos de este dossier.

³ Fernando VERA: «La diáspora comunista en España», *Historia Actual Online*, 20 (2009), pp. 35-48.

⁴ Véase el clásico de Massimo TEODORI: *Las nuevas izquierdas europeas*, 3 vols., Barcelona, Blume, 1978.

en particular, tuvo mucho arraigo. Fue adoptado por partidos que tomaron la vía armada, como el PCE (marxista-leninista) y luego el PCE (reconstituido), así como por otros que eligieron una línea sustancialmente pacífica: los casos más relevantes en este sentido fueron representados por el Movimiento Comunista de España (MCE), el PCE (internacional), que en 1975 pasó a denominarse Partido del Trabajo de España (PTE), y la formación que constituye el objeto específico del presente artículo, es decir, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT)⁵.

Ésta nació en 1970 mediante la conversión en partido de la Acción Sindical de Trabajadores (AST), un sindicato clandestino que había sido puesto en marcha en 1963-1964 por católicos procedentes sobre todo de las Vanguardias Obreras y que, desde sus comienzos, había participado activamente en las Comisiones Obreras (CCOO). A finales de los sesenta la AST se planteó la necesidad de adquirir un compromiso propiamente político: en un contexto caracterizado por la radicalización de diversos sectores del antifranquismo, estimó que la lucha contra la dictadura del Caudillo, en particular, y por el socialismo, más en general, no podía limitarse al ámbito económico. Además, consideró que en el panorama español hacía falta (re)construir un partido auténticamente marxista-leninista, dado que el PCE supuestamente había perdido dicho carácter. La ORT no completó su proceso de formación hasta 1972. Durante sus dos primeros años definió su marco ideológico y experimentó cambios en su militancia y equipo dirigente: si es cierto que se benefició de la incorporación de jóvenes profesionales y estudiantes, al mismo tiempo sufrió los abandonos de quienes no aceptaron la transformación en partido o la adopción del maoísmo⁶.

La ORT, así como los otros partidos de la misma familia ideológica, se adhirió a una imagen idealizada del modelo chino. No podía ser de otra forma, dado que el conocimiento acerca de la rea-

⁵ José M. ROCA (ed.): *El proyecto radical*, Madrid, La Catarata, 1994; Consuelo LAIZ: *La lucha final*, Madrid, La Catarata, 1995 (aquí se hará referencia a la tesis doctoral de la que derivó dicho libro: *La izquierda radical en España durante la transición a la democracia*, 2 tomos, UCM, 1993), y Hartmut HEINE: «La contribución de la “Nueva Izquierda” al resurgir de la democracia española», en Josep FONTANA (ed.): *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 142-159.

⁶ «Por qué ORT», *En Lucha (EL)* (enero de 1970); *Dos años decisivos en la historia de la ORT*, suplemento de *EL* (mayo de 1972), y «ORT al servicio del objetivo fundamental de la clase obrera», *EL* (julio de 1972).

lidad del régimen del Gran Timonel en occidente era muy escaso, basado esencialmente en los materiales de propaganda, y en España este déficit informativo resultaba agravado por las condiciones de la dictadura. La República Popular China pudo aparecer así como un lugar mítico donde proyectar utopías y esperanzas de renovación radical⁷. La ORT, en efecto, se orientó hacia el maoísmo porque lo consideraba un corpus de teorías y prácticas capaces de avivar constantemente la tensión revolucionaria, preservando los principios marxista-leninistas y evitando al mismo tiempo las degeneraciones que afectaban al bloque soviético. Fue determinante en este sentido la fascinación producida por el compromiso de China a favor de los procesos de liberación nacional y, sobre todo, por la Revolución Cultural, que fue vista como una alternativa concreta a la falta de libertades y al sistema burocrático que caracterizaban la Unión Soviética, como un experimento exitoso de construcción del socialismo realizado mediante la amplia participación del pueblo y el ejercicio de la crítica abierta⁸.

En el crepúsculo del franquismo, la ORT intentó establecer contactos finalizados a la construcción de un partido unitario de los marxista-leninistas españoles; se insertó en esta perspectiva, por ejemplo, un fracasado acercamiento al MCE⁹. Además, prosiguiendo la labor de la AST, la organización desarrolló una intensa actividad en el movimiento obrero, y en particular en las CCOO. Afirmando la necesidad de fortalecer las Comisiones a nivel de base y de potenciar el carácter antifascista de sus reivindicaciones, polemizó continuamente con el PCE, al que acusaba de encerrarlas en un marco legalista y de mermar su potencial combativo para ponerlas al servicio de una política de conciliación. La ORT estableció una presencia notable en las CCOO de Madrid, Huelva y, sobre todo, Navarra. En dicha región se convirtió en la fuerza hegemónica del nuevo movimiento obrero y protagonizó algunas im-

⁷ Richard WOLIN: *The Wind from the East*, Princeton, PUP, 2010, y Eugenio DEL RÍO: *Izquierda e ideología*, Madrid, Talasa, 2005, pp. 127-150.

⁸ Entrevistas a J. Sanroma y a J. M. Ibarrola, ambas realizadas por Emanuele Treglia en Madrid (junio de 2012), y Manuel GUEDAN y Jesús SAN MARTÍN: *Con China socialista*, Madrid, Escolar, 1976. Sobre la Revolución Cultural véase Kam-Yee LAW (ed.): *The Chinese Cultural Revolution Reconsidered*, Nueva York, Palgrave, 2003.

⁹ Los contactos ORT-MCE pueden verse en Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias (AHFPI), ORT, sig. 6-5.

portantes acciones, como la movilización general del 11 de diciembre de 1974¹⁰.

En las próximas páginas se examinará la experiencia de la ORT durante la Transición, tomándola como caso de estudio para poder comprender mejor las dinámicas, hasta ahora poco estudiadas, que han caracterizado la izquierda comunista en el proceso de cambio. Se tomará en consideración no sólo su política, sino también su actuación en el movimiento obrero, dado que en el proyecto del partido los dos ámbitos se presentaron siempre estrechamente entrelazados.

Se verá que dos conceptos maoístas, derivados de la Revolución Cultural, arraigaron profundamente en la organización y la condicionaron a lo largo de su trayectoria. Uno fue el principio de la «línea de masas», que en el caso de la ORT se tradujo en exaltar el papel creador del pueblo y en hacer constantemente hincapié en la necesidad catártica de que él mismo fuera protagonista del proceso de configuración de la España posfranquista. Esto implicó, entre otras cosas, la adopción de una postura fuertemente contraria a los pactos entre elites. El otro concepto maoísta que tuvo gran influencia en la organización fue el de la «lucha ideológica entre dos líneas» que, al postular la contraposición constante entre una línea «revolucionaria» y otra «revisionista», fomentó el sectarismo y operó constantemente como factor de división¹¹. Además, encerró a menudo la actividad del partido en esquemas doctrinarios rígidos basados en la defensa de identidades del pasado, que le impidieron elaborar una renovada síntesis entre teoría y práctica para situarse en el complejo sistema de democracia parlamentaria que iba tomando forma.

Escribir la historia de la ORT, y de la izquierda radical en general, significa explorar unas alternativas que salieron vencidas de la Transición, como la búsqueda a ultranza de la ruptura, la lucha contra el pacto social o la reivindicación de un diferente modelo

¹⁰ José IRIARTE: *Movimiento obrero en Navarra (1967-1977)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, y Emanuele TREGLIA: «Apuntes sobre la ORT: de las Comisiones Obreras al Sindicato Unitario», en Manuela AROCA y Rubén VEGA (eds.): *Análisis históricos del sindicalismo en España*, Madrid, Fundación F. Largo Caballero, 2013, pp. 248-270.

¹¹ Un análisis de la fragmentación provocada en los grupos maoístas estadounidenses por el principio de la «lucha entre dos líneas» puede verse en Max ELBAUM: *Revolution in the Air*, Londres-Nueva York, Verso, 2002.

constitucional. Esto permite analizar no sólo los límites, sino también las razones de fondo de dichos proyectos, evidenciando así las dinámicas de imposiciones y renunciaciones que caracterizaron los pactos fundacionales de la España actual.

La búsqueda a ultranza de la ruptura

La ORT tenía una concepción etapista de la marcha hacia la sociedad comunista. En el momento de la muerte de Franco su objetivo inmediato consistía en conseguir una neta ruptura con el régimen dictatorial, considerado como expresión política del poder socioeconómico de los sectores oligárquicos y cuyo legado era la monarquía de Juan Carlos. Para lograr este resultado, el partido creía indispensable la confluencia de dos factores: la unidad de la oposición y el incremento de la lucha de masas.

Como programa mínimo para un amplio acuerdo de todas las fuerzas interesadas en un cambio democrático, la organización proponía la Alternativa Democrática Unitaria (ADU), que preveía el derrocamiento del soberano nombrado por Franco, la formación de un gobierno provisional de unidad antifranquista y la celebración de elecciones libres para la Asamblea Constituyente. Sin embargo, la inclusión de la ORT en los organismos unitarios de la oposición resultó problemática, ya que, al comienzo de la Transición, el partido no integraba ni la Junta Democrática (JD) ni la Plataforma de Convergencia Democrática (PCD). No había tomado parte en la JD, por un lado, porque condenaba la presencia en ella de personalidades como Calvo Serer, que veía como exponentes de la oligarquía, y por el otro, porque sus problemáticas relaciones con el PCE, marcadas por críticas y recelos mutuos, dificultaban notablemente su adhesión a una coalición en que el partido de Carrillo representaba la principal fuerza organizada. En la primavera de 1975, intentando remediar su aislamiento, la ORT había ingresado en la PCD promovida por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE); sin embargo, después de unos meses había salido también de este organismo al juzgar que no se pronunciaba de manera bastante contundente contra la monarquía¹².

¹² «Informe de la Secretaría Política» (1975) e «Informe sobre organismos unitarios» (1975), AHFPI, ORT, sig. 12-5.

En estas difíciles relaciones con la JD y la PCD se puede ya notar una dinámica que caracterizó la actuación de la organización a lo largo de la Transición: una constante contradicción entre una tensión incluyente, propensa a la praxis, que reconocía el carácter minoritario del grupo y la consecuente necesidad de colaborar con otros partidos para poder conquistar avances a nivel político y social, y otra excluyente, pegada al principio de la lucha ideológica, que rechazaba los necesarios compromisos intrínsecos a cualquier política unitaria.

En su táctica para conseguir la ruptura, la ORT atribuía una importancia crucial, aún más que a los acuerdos entre partidos, a las presiones desde abajo. A este propósito hay que considerar que, de manera parecida a los otros grupos de la izquierda radical, poseía una visión de las masas caracterizada por lo que José Roca ha definido *optimismo histórico*: creía que el pueblo, en su mayoría, presentaba niveles de madurez política y combatividad tan altos que cabía la posibilidad de plantear a corto-medio plazo la lucha no sólo por la instauración de un Estado republicano, sino también por la realización de transformaciones que afectaran las estructuras socioeconómicas¹³. Dadas estas circunstancias, la ORT consideraba al alcance de la mano la materialización de la Huelga General (HG), *conditio sine qua non* para romper con el franquismo y asegurar el protagonismo de las masas en el proceso de cambio, poniéndolas en una posición de fuerza en el momento de la configuración del nuevo sistema y facilitando así la creación de una democracia avanzada, primer paso hacia la República Popular y el comunismo¹⁴.

En el inmediato posfranquismo, los acontecimientos alimentaron las esperanzas de la ORT de concretar dicha perspectiva. A partir de diciembre de 1975, a lo largo de la geografía española se desarrolló una enorme oleada de protestas. La sociedad civil reclamaba libertad y amnistía. En el ámbito obrero, el malestar causado por la crisis económica contribuyó a fomentar las movilizaciones, que en muchos lugares coincidieron con un momento de negociación de

¹³ José M. ROCA: *Poder y pueblo*, tesis doctoral, Madrid, Complutense, 1995. Entrevista a J. Sanroma realizada por Emanuele Treglia, cit., y entrevista a M. Gamó realizada por Gonzalo Wilhelmi en Madrid (diciembre de 2011).

¹⁴ «El fracaso del Gobierno, la lucha de masas y la unidad antifascista», *EL* (27 de marzo de 1976); *Por el Partido*, 5 (noviembre de 1976), e «Informe al PC Chino» (febrero de 1976), ambos en *Archivo Online* de la ORT (AOORT). El AOORT es consultable en el enlace <http://www.ort-ujm.es>.

nuevos convenios. Durante el primer trimestre de 1976 se produjeron así 17.731 huelgas¹⁵. La organización, en sus zonas de influencia, trabajó intensamente para que las protestas se extendieran y radicalizaran. En Navarra, por ejemplo, estuvo entre los promotores de la movilización del 22 de febrero, así como del paro general de cuatro días en solidaridad con los sucesos de Vitoria. La ORT creía que se podía tocar «con los dedos la caída del fascismo»¹⁶.

Sin embargo, los partidos mayoritarios de JD y PCD hacían una lectura distinta de la situación. A comienzos de marzo, precisamente a raíz de los hechos de Vitoria, juzgaron que el primer gobierno de la monarquía poseía más capacidad de resistencia de lo previsto, mientras que las fuerzas de la oposición, a pesar de ser ingentes, no eran suficientes para derrumbarlo. Coordinación Democrática (CD), nacida de la fusión de JD y PCD, renunció, por tanto, al objetivo máximo de la ruptura propiamente dicha, adoptando la fórmula de la ruptura pactada¹⁷. Ésta, según la ORT, representó una traición por parte de las elites partidistas al auge experimentado por las luchas de las masas: «Es como si tuviéramos una fortaleza enemiga asediada y a punto de vencer —se afirmaba en *En Lucha*— y para lograr su final rendición [...] retirásemos las tropas»¹⁸.

Dado que los otros partidos de CD tenían escasa capacidad de control sobre las movilizaciones de base, la ORT dirigió sus principales críticas hacia el PCE que, según ella, había aprovechado su papel dirigente en CCOO para «poner límites a la acción de las masas» en función de «sus posiciones de conciliación con el enemigo». El caso de Madrid le parecía emblemático. Desde comienzos de enero las manifestaciones y paros habían experimentado allí una rápida escalada, culminando entre los días 12 y 17, cuando el número de huelguistas alcanzó los 400.000. La ORT, que en las Comisiones de la capital representaba la segunda fuerza organizada después del partido de Carrillo y contaba con destacados dirigentes como Luis Royo y Cristino Doménech, quería mantener

¹⁵ Álvaro SOTO: «Conflictividad social y transición sindical», en Álvaro SOTO y Javier TUSELL (eds.): *Historia de la Transición*, Madrid, Alianza, 1996, p. 379, y Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de Hoy, 2007, pp. 51 y ss.

¹⁶ «Reunión del CC» (2 de mayo de 1976), AHFPI, ORT, sig. 12-5, y José IRIARTE: *Movimiento obrero en Navarra...*, pp. 275 y ss.

¹⁷ Ferrán GALLEGO: *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008.

¹⁸ «La Ruptura Pactada», *EL* (24 de abril de 1976).

las movilizaciones a ultranza hasta que desembocaran en la HG. En cambio, los líderes de CCOO ligados al PCE, al considerar que las huelgas ya habían alcanzado su cenit y se encontraban en un punto muerto, en la segunda mitad del mes propiciaron la formación de comisiones negociadoras, favoreciendo la vuelta de los trabajadores a sus puestos¹⁹.

Así, al momento de explicar el por qué no se había producido el evento catártico de la HG a pesar de que, según ella, existían las condiciones, la ORT no cuestionó sus análisis acerca de la supuesta debilidad del aparato estatal o de la elevada conciencia antifascista del pueblo, sino que utilizó las direcciones de los partidos de CD, y del PCE en particular, como chivos expiatorios.

Durante la primavera, en la organización se desarrolló un intenso debate acerca de la oportunidad de tomar parte en la Platajunta. Si algunos señalaban la necesidad de quedarse fuera, para tener una posición de coherencia y claridad política, otros subrayaban que el estar en CD representaba el medio más eficaz para influir críticamente en los procesos decisorios de la oposición y empujar hacia la ADU. Finalmente, en este caso la tensión incluyente prevaleció y la ORT ingresó en la Platajunta a comienzos de julio, a raíz de la caída de Arias²⁰.

A su vez, la organización había empezado un proceso de acercamiento al PTE²¹, que se entrelazó con la salida de ambos partidos de CCOO. Las Comisiones habían defendido siempre el proyecto de un sindicalismo posfranquista unitario. Sin embargo, la mayoría de su equipo dirigente, considerando que la legalización de los sindicatos parecía aproximarse y constatadas las profundas reticencias de la Unión General de Trabajadores (UGT) ante la perspectiva de la unidad orgánica, en el verano de 1976 se movió hacia una aceptación de hecho de un futuro marco de pluralismo sindi-

¹⁹ «Informe sin título» (enero de 1976), AHFPI, ORT, sig. 4-11; «Saquemos enseñanzas», *EL* (14 de febrero de 1976); Emanuele TREGLIA: *Fuera de las catacumbas*, Madrid, Eneida, 2012, pp. 328 y ss., y Víctor DÍAZ CARDIEL *et al.*: *Madrid en huelga*, Madrid, Ayuso, 1976.

²⁰ «Reuniones del CC» (31 de marzo de 1976 y 2 de mayo de 1976), AHFPI, ORT, sig. 12-5, y «El para qué del ingreso de ORT en Coordinación Democrática», *EL* (3 de julio de 1976).

²¹ Sobre el PTE en esta fase véase Marta CAMPOY: «El PTE en la Transición», en José L. MARTÍN RAMOS (ed.): *Pan, trabajo y libertad*, Barcelona, El Viejo Topo, 2011, pp. 159-259.

cal. Consecuentemente en julio, en la Asamblea de Barcelona, se afirmó la necesidad de convertir cuanto antes CCOO en una Confederación Sindical propiamente dicha, para no perder terreno a favor de la central socialista²².

ORT y PTE rechazaron esta decisión, porque todavía consideraban posible el levantamiento de un sindicato unitario, a condición de que se construyera fomentando la participación desde abajo, a través de un proceso asambleario ascensional que culminaría con un Congreso Sindical Constituyente. Esta perspectiva, fundada en la convicción de que las masas poseían un instinto claramente unitario, chocaba con la de los dirigentes de Comisiones ligados al PCE, que ponían esencialmente en las manos del Secretariado y de la Coordinadora General la tarea de proceder a la transformación en central sindical²³. En la Asamblea de Barcelona la postura de ORT y PTE fue respaldada sólo por el 10 por 100 de los asistentes. Durante el verano los dos partidos maoístas maduraron entonces la decisión de salir de Comisiones, que se hizo efectiva a finales de octubre, cuando nació oficialmente la Confederación Sindical de CCOO.

En septiembre, ORT y PTE habían llegado a elaborar unas declaraciones conjuntas con vista a una próxima fusión orgánica²⁴, y, por tanto, cultivaban grandes esperanzas acerca del buen éxito de la transposición de este proyecto al plano sindical. Desde noviembre impulsaron así «la creación de los sindicatos unitarios nacidos de las asambleas de fábrica, y su federación, para levantar la gran Central Sindical Unitaria»²⁵. Esta labor empezó a dar sus frutos a comienzos de 1977, cuando se constituyeron, por ejemplo, el Sindicato Unitario de la Construcción de Aranjuez y la Promotora del Sindicato Unitario de Navarra. Los maoístas aspiraban a poner en pie la tercera fuerza sindical del país, y aunque ya habían abando-

²² José M. MARÍN: «La Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS): una experiencia de unidad de acción sindical durante la transición», *Espacio, Tiempo y Forma*, 9 (1996), pp. 295-313, y Emanuele TREGLIA: *Fuera...*, pp. 349 y ss.

²³ «A los camaradas responsables de organización» (20 de junio de 1976), AHFPI, ORT, sig. 4-13, y «Sobre nuestra táctica sindical» (agosto de 1976), AOORT.

²⁴ «Resoluciones conjuntas» (septiembre de 1976), Archivo Online del Partido del Trabajo de España (AOPTE). El AOPTE es consultable en el enlace <http://www.pte-jgre.es>.

²⁵ «I Pleno del CC de la ORT» (noviembre de 1976), AHFPI, ORT, sig. 22-5.

nado la ilusión de unir en su seno a todos los trabajadores, querían que fuera unitaria en su espíritu y en sus modalidades organizativas y de acción: «Un sindicato combativo de clase, nacido desde las empresas (aunque no sea por TODOS) y con todos sus órganos elegidos y revocables directamente por los trabajadores que participen en ellos»²⁶.

La posibilidad de concretar este proyecto se desvaneció porque vino a faltar su presupuesto político: el proceso de unificación ORT-PTE, en efecto, a comienzos de 1977 podía considerarse fracasado. A las insolubles controversias relativas a la repartición de cargos dirigentes en el futuro partido se habían añadido divergencias acerca de la lectura del momento político y de la línea a adoptar en consecuencia.

En el otoño de 1976, los dos partidos todavía coincidían en juzgar la reforma puesta en marcha por Suárez como la perpetuación del fascismo y seguían viendo en la HG el instrumento más idóneo para la afirmación de un gobierno provisional que fuera expresión de la Plataforma de Organismos Democráticos (POD), la ampliación de CD de que ambos eran miembros. La fractura entre los maoístas empezó a producirse en diciembre, a raíz del referéndum sobre la Ley para la Reforma Política (LRP), cuando el PTE no sólo llamó a la abstención como la ORT y todas las otras fuerzas de la oposición, sino que propuso también la convocatoria de la HG para el día de la consulta, al considerar que era la última ocasión útil para intentar imponer la ruptura. La ORT esta vez apeló al realismo y no apoyó la propuesta de su aliado porque estimó que, dado el rechazo de PCE y PSOE, no había las condiciones para una movilización de este tipo²⁷.

Sin embargo, aplicando el esquema de la lucha entre dos líneas, acusó el PTE de abandonar la línea proletaria y abrazar la reformista cuando el partido de Eladio García Castro, después de la aprobación de la LRP, se movió hacia una postura parecida a la de las fuerzas mayoritarias de la POD: afirmó que ya no era viable la consigna del gobierno provisional y, por tanto, se dijo dispuesto a

²⁶ «Nuestra táctica sindical» (febrero de 1977), AOORT, y José V. IRIARTE: *Movimiento obrero en Navarra...*

²⁷ «Carta abierta del CC del PTE a las fuerzas obreras», *Correo del Pueblo* (23 de diciembre 1976), y «El CC del PTE insiste en falsear la actitud de nuestro Partido ante el referéndum», *EL* (22 de enero de 1977).

colaborar con Suárez para restablecer las libertades y celebrar elecciones lo antes posible²⁸.

La ORT, en cambio, todavía consideraba realizable la ruptura, y vio en los acontecimientos de la semana negra de finales de enero de 1977 la chispa ideal para que las presiones desde abajo desbordaran finalmente los acuerdos por arriba y empujaran la POD hacia la izquierda, concretando la ADU y haciendo estallar la HG: creía que la indignación popular causada por la matanza de Atocha y los asesinatos de Arturo Ruiz y María Luz Nájera podía provocar la decisiva sublevación de las masas contra el gobierno. Contactó entonces con las otras organizaciones antifranquistas para que contribuyeran a orientar en este sentido los numerosos paros de solidaridad que se produjeron a lo largo del país. Pero el resto de la oposición, PTE incluido, adoptó una perspectiva opuesta: se negó a secundar la convocatoria de HG porque no quería fomentar tensiones que conllevaran un riesgo concreto de reacción autoritaria. Según la ORT, las posibilidades de ruptura habían sido definitivamente saboteadas en favor de una línea «burguesa y claudicante»²⁹.

Las relaciones ORT-PTE, minadas por acusaciones y recelos mutuos, no podían seguir adelante. El divorcio se traspuso inevitablemente al ámbito sindical, consumándose el 6 de marzo, cuando los sectores obreros de los dos partidos celebraron en Madrid dos asambleas diferentes. El PTE realizó la suya en Vallecas, poniendo las bases de la Confederación de Sindicatos Unitarios de Trabajadores (CSUT). La rama obrera de la ORT, en cambio, se reunió en Alcobendas, manteniendo oficialmente la denominación de Sindicato Unitario (SU)³⁰.

²⁸ «Al CC de la ORT» (febrero de 1977) y «Al BP del CC del PTE» (marzo de 1977), ambos en AOPTE.

²⁹ «Circulares del 26 de enero y 2 de febrero de 1977», AHFPI, *ORT*, sig. 6-23; número especial de *EL* (27 de enero de 1977), y Simón SÁNCHEZ MONTERO: *Camino de libertad*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, p. 337.

³⁰ «Acta del Pleno del CPM» (16 de marzo de 1977), AHFPI, *ORT*, sig. 5-4, e «Información a todos los camaradas sobre la situación actual de los Sindicatos Unitarios» (12 de marzo de 1977), AHFPI, *ORT*, sig. 11-8.

Contra el pacto social

Durante el primer año de posfranquismo la ORT no había sido capaz de percibir claramente los rápidos cambios que se producían en las relaciones poder-oposición-sociedad³¹, y eso la había llevado progresivamente a una situación de soledad, tanto en el ámbito político como sindical. Desde finales de enero de 1977, abandonado el ideal rupturista, centró sus esfuerzos en prepararse para participar en las elecciones que debían celebrarse en junio. Empezó, por tanto, la labor de salida a la superficie. En esta óptica, el 27 de febrero, después de que todas las fuerzas políticas, menos las comunistas, habían sido legalizadas, hizo su primera aparición pública José «camarada Intxausti» Sanroma, el secretario general de la organización, y en las semanas siguientes se realizaron varios actos de presentación del partido. Sin embargo, cabe señalar que la ORT, a la par de los otros grupos radicales, todavía constituía un blanco de la represión gubernamental. En efecto, basándose en el Decreto-ley Antiterrorista, en este periodo la policía detuvo un centenar de sus militantes mientras repartían propaganda o incluso en la sede del partido³².

Si el 9 de abril, el llamado Sábado Santo Rojo, se produjo la legalización del PCE, las organizaciones marxista-leninistas que se situaban a su izquierda siguieron siendo ilegales, incluida la ORT. Al no poder participar en las elecciones con su sigla oficial, el partido liderado por Sanroma presentó sus candidaturas en una lista formalmente independiente, la Agrupación Electoral de Trabajadores. En su programa predominaba la crítica del pacto social que se iba desdibujando al horizonte³³. En general, el 15 de junio representó un fracaso para la izquierda comunista: el Frente Democrático de Izquierdas, impulsado por el PTE, llegó al 0,67 por 100, mientras el Frente por la Unidad de los Trabajadores, una coalición de partidos troskistas, no sobrepasó el 0,22 por 100. Los resultados electorales fueron una ducha fría también para la ORT,

³¹ Entrevista a J. M. Ibarrola, cit.

³² «El secretario de la ORT sale de la clandestinidad», *Diario16* (28 de febrero de 1977); «Detenidos miembros de la ORT», *Diario16* (26 de marzo de 1977), y «La ORT actúa abiertamente», *EL* (26 de febrero de 1977).

³³ *EL* (9 de junio de 1977).

que esperaba conquistar por lo menos un escaño y, en cambio, obtuvo sólo el 0,42 por 100 de los votos. Únicamente en Navarra consiguió un porcentaje relevante, el 5,1 por 100. El partido imputó la culpa sobre todo a la discriminación que había sufrido, al no poder hacer propaganda abiertamente ni presentarse bajo su propio nombre.

Después de ser finalmente legalizada a comienzos de julio, en septiembre la organización celebró su primer congreso. En esta ocasión, la dirección quiso sobre todo cerrar filas para que, a causa del fracaso electoral, no se cediera al «derrotismo». A tal fin la ponencia de Sanroma, que resultó aprobada por mayoría, reafirmó la justeza de la línea desarrollada hasta entonces. Sin embargo, cabe señalar que se manifestaron también dos posturas críticas, correspondientes a las tensiones incluyente y excluyente. Una, que fue tachada de reformista, sostuvo que la búsqueda de la ADU y de la ruptura habría debido ser abandonada en diciembre de 1976, siguiendo el ejemplo del PTE. Otra, que atacó la dirección por la izquierda, afirmó que fue un error el plantear un gobierno provisional con PCE, PSOE y la oposición moderada, en vez de lanzar directamente la consigna de un gobierno provisional revolucionario. Se hizo evidente, por tanto, la existencia en el partido de diferentes almas, con diferentes grados de radicalismo.

Otro instrumento empleado por Sanroma para cerrar filas, cohesionando a los militantes contra el fantasma del revisionismo y avivando su entusiasmo, consistió en reivindicar la figura de Stalin. Algunas intervenciones, como la de Jesús Barrientos por el sector de profesionales o la de Guillermo Vázquez por el sector de abogados, se opusieron sin éxito a que el líder soviético siguiera siendo utilizado como referencia: la mayoría apostó por la ortodoxia frente a la renovación³⁴. El congreso, por tanto, en lugar de poner las bases de un discurso político que se adecuase a una democracia parlamentaria de finales de los setenta, hizo que la ORT se quedase pegada a identidades del pasado. Se puede notar aquí un problema clave que caracterizó la recepción del maoísmo en Europa: el modelo chino, a pesar de ser percibido por sus acólitos occidentales como un comunismo «nuevo», en

³⁴ José SANROMA: «Informe sobre el significado y la valoración del I Congreso de la ORT» (septiembre de 1977), AOPTÉ. Véase la entrevista a J. Barrientos en Consuelo LAIZ: *La izquierda...*, t. II.

realidad consistía en una «imitación de lo viejo»³⁵, presentando un carácter anacrónico.

En la situación abierta tras las elecciones de junio, la organización se dispuso a trabajar para que en el nuevo sistema se consolidaran y ampliaran las libertades democráticas. En esta óptica, además de intentar participar desde fuera del Parlamento en la elaboración de la Constitución, como veremos a continuación, realizó una drástica oposición a otro de los pilares de la etapa del *consenso*: los Pactos de la Moncloa.

La ORT los interpretaba como un conjunto de medidas dirigidas a descargar sobre los trabajadores los costes de la crisis económica que afectaba a España desde hace unos años. En su visión, se trataba de la materialización de aquel pacto social que los sectores oligárquicos, mediante la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), buscaban para mantener intacta su posición dominante, y al que sobre todo el PCE, a través de CCOO, contribuía para presentarse a la Unión de Centro Democrático (UCD) como un aliado viable en la perspectiva de un gobierno de concentración nacional. La organización rechazaba de raíz la justificación típica de los Pactos, es decir, que eran necesarios para estabilizar la naciente democracia y evitar un «Pinochetazo». Afirmaba, al contrario, que, para los trabajadores, las libertades que estaban adquiriendo no constituían un fin en sí mismas, sino un medio para defender mejor sus intereses de clase; era un contrasentido, por tanto, renunciar a luchar para mejorar sus condiciones de vida en nombre de la democracia, cuando ésta se podía profundizar cualitativamente sólo mediante la satisfacción de las demandas obreras³⁶.

La oposición al pacto social, dado que debía ser realizada al mismo tiempo a nivel político y sindical, se entrelazó con la trayectoria del SU, que después de la asamblea de Alcobendas, el 1 de mayo había celebrado su Congreso Constituyente eligiendo como secretario general a José Miguel Ibarrola³⁷. Frente a la «salida oligárquica» de la crisis, caracterizada por la congelación salarial y la

³⁵ Eugenio DEL RÍO: *Disentir, resistir*, Madrid, Talasa, 2001, pp. 41-42.

³⁶ «A los responsables de zona» (27 de octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 5-3; Pedro CRISTÓBAL: «El pacto social», *EL* (27 de marzo de 1977), y Rodrigo ARAYA: «Asegurar el pan y la libertad. La postura de CCOO ante el Pacto de la Moncloa», *Historia del Presente*, 14 (2009), pp. 151-164.

³⁷ «Congreso Constituyente del Sindicato Unitario» (1 de mayo de 1977), AHFPI, SU, sig. 17-17.

fijación de topes salariales, la ORT y el SU proponían otra que consistía «en adoptar una serie de medidas tendientes a nacionalizar y poner al servicio de los sectores populares la economía». Entre estas medidas figuraban «con carácter preferente, la nacionalización de la banca y el crédito en general, una profunda reforma agraria y una reforma fiscal progresiva que, entre otras cosas, aumentase los impuestos sobre el patrimonio». Además, se aspiraba a evitar la inflación mediante un sistema administrado por Juntas de Precios dotadas, en su composición, de representación sindical. Otro importante punto de la «salida popular» de la crisis consistía en la lucha contra el paro. En este sentido, ORT y SU pedían la abolición de la legislación «que implicaba el libre despido» y la «ampliación del subsidio de desempleo». Al lado de estas medidas, de carácter defensivo, prevenían otras dirigidas a crear nuevos puestos de trabajo como, por ejemplo, la utilización de tierras no cultivadas o la puesta en marcha de obras públicas³⁸.

La ORT esperaba aprovechar el gran descontento presente en las filas obreras a causa de los efectos del pacto social para reactivar las movilizaciones desde abajo. Es curioso que el Comité Central a finales de 1977 no descartara la eventualidad de un «desarrollo revolucionario de la situación» generado por la impopularidad de las medidas gubernamentales³⁹. Para fomentar esta posibilidad, ORT y SU querían poner en pie un Frente Común Reivindicativo (FCR) que agrupase, en torno a su propuesta de «salida popular», a todas las fuerzas sindicales que rechazaban los Pactos de la Moncloa. Sin embargo, esta perspectiva incluyente una vez más no resultó viable: con la CSUT la ruptura era demasiado reciente para ser saneada, mientras que la aplicación del esquema de la lucha ideológica impedía la colaboración, por ejemplo, con anarcosindicalistas o autónomos. Con estas fuerzas, por tanto, no se logró ir más allá de algunos casos puntuales de unidad de acción a nivel local⁴⁰. Además, si en un pri-

³⁸ *Boletín interno del SU*, 2 (septiembre de 1977); «El Sindicato Unitario explica la alternativa de clase al Pacto de la Moncloa», *Unidad Sindical*, 5 (noviembre de 1977), y «Dos alternativas a la crisis económica», *EL* (9 de noviembre de 1977).

³⁹ «II Pleno del CC» (22 de diciembre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-22, y «Circular del CPM» (2 de noviembre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 5-2.

⁴⁰ José SANROMA: «Frente común de los trabajadores contra el pacto social de la Moncloa», *EL* (26 de octubre de 1977); «Dos corrientes sindicales que tenemos que rechazar», *Unidad Sindical*, 8 (abril de 1978), e «Informe del CPM a los secretarios políticos» (18 de diciembre de 1978), AHFPI, ORT, sig. 5-3.

mer momento, sobre todo a raíz de la firma de un comunicado conjunto, la organización había creído posible atraer a la UGT al FCR, esta esperanza se desvaneció cuando la central socialista abandonó sus iniciales críticas hacia los Pactos y suscribió los mismos⁴¹.

Dadas las reducidas dimensiones del SU, sus intentos de romper los topes salariales en las negociaciones no tuvieron eficacia. La iniciativa más exitosa que el sindicato y la ORT promovieron contra el pacto social fue probablemente la Marcha de los Parados. En un escenario caracterizado por tasas de desempleo crecientes, según la organización la lucha contra el paro cobraba especial relevancia porque constituía un tema capaz de unir al pueblo contra «la política estabilizadora del gran capital». El acontecimiento, más que en una marcha propiamente dicha, consistió en un encuentro en el Palacio de los Deportes de Madrid que tuvo lugar el 19 de marzo de 1978. Asistieron casi 20.000 personas y participaron también personalidades destacadas como Satrústegui, Villar Arregui y monseñor Iniesta, obispo de la capital. La Marcha, que proponía las medidas contra el paro contenidas en la «salida popular» de la crisis desdibujada por la ORT, tuvo notable resonancia y un buen apoyo por parte de la opinión pública. Efectivamente, subrayaba un problema que, según las encuestas, constituía la principal preocupación de los españoles de cara al futuro⁴².

A comienzos de 1978 se celebraron las primeras elecciones sindicales en democracia. El SU, con su 1,66 por 100 y 3.164 delegados en total, se situó después de CCOO (34,5 por 100), UGT (21,7 por 100), USO (3,77 por 100) y CSUT (2,92 por 100). Consiguió buenos resultados esencialmente en sus clásicas zonas de influencia: en Navarra, con 274 delegados, se afirmó como fuerza mayoritaria, mientras en Madrid y Huelva obtuvo, respectivamente, 1.119 y 294 delegados⁴³. Desde este momento, el SU experimentó una pa-

⁴¹ «Circular del CPM» (2 de noviembre de 1977), AHFPI, *ORT*, sig. 5-2, y «II Reunión informativa de la SP con cuadros dirigentes» (26 de octubre de 1977), AHFPI, *ORT*, sig. 6-23.

⁴² «Circular del CPM» (25 de febrero de 1978) y «Circular del CC» (28 de marzo de 1978), AHFPI, *ORT*, sig. 6-23; «20.000 parados abarrotaron el Palacio de los Deportes», *Pueblo* (20 de marzo de 1978); *Informaciones* (20 de marzo de 1978), y Rafael LÓPEZ PINTOR: «Actitudes políticas y comportamiento electoral en España», *Revista de Estudios Políticos*, 34 (1983), p. 14.

⁴³ MINISTERIO DE TRABAJO: «Resumen numérico por provincias y centrales extraído de actas recibidas hasta el 31 de julio de 1978», AHFPI, *SU*, sig. 21-19.

rábola descendente que se concluyó con su desaparición en 1980, en concomitancia con la disolución de la ORT y el fracaso del experimento del Partido de los Trabajadores (PT).

Su ocaso fue determinado por varias razones. En general cabe observar que, para el SU, el ser una correa de transmisión de la ORT constituyó un obstáculo a la hora de atraer votos o captar afiliados políticamente independientes, porque éstos, incluso cuando compartían sus posturas en el ámbito sindical, no estaban dispuestos a aceptar también el marco ideológico maoísta y la subordinación al partido. Consecuentemente, el sindicato tampoco pudo funcionar como instrumento para ampliar la influencia de la organización entre las masas. Además, la escasez de recursos humanos y económicos limitó notablemente la labor de propaganda y extensión del SU en todo el territorio nacional. En este sentido, a causa de la ruptura con la rama obrera del PTE en 1977, se había esfumado la posibilidad de aunar fuerzas y, al contrario, las dos centrales maoístas se habían encontrado a competir por los mismos espacios sindicales⁴⁴.

La fracasada adaptación a la democracia parlamentaria

La ORT demostró un gran interés por la política institucional, considerando una cuestión clave el ganar influencia en el aparato del Estado. En este sentido, desde el otoño de 1977 su objetivo fundamental consistió en obtener escaños en las siguientes elecciones. Mientras tanto, aspiraba a participar desde fuera en la actividad del Parlamento⁴⁵.

A este propósito hay que notar que la organización intentó crear una especie de puente entre sí y las nuevas Cortes estableciendo contactos con el PSOE, que veía como «la alternativa de izquierda capaz de gobernar»⁴⁶. Había mantenido en todo momento mejores relaciones con los socialistas que con el PCE, su directo

⁴⁴ «Circular del Secretariado Confederal» (24 de mayo de 1979), AHFPI, SU, sig. 4-13, y José L. MARTÍN: «El sindicalismo de clase: balance crítico», *Boletín de Debate*, 2 (30 de mayo de 1980), AOPTE.

⁴⁵ «Actuar en las condiciones de la democracia burguesa» (10 de octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-22.

⁴⁶ «Circular del CC» (19 de junio de 1977), AHFPI, ORT, sig. 6-22, y «Un avance hacia la democracia», *EL* (19 de junio de 1977).

competidor. Además, hay que considerar que el partido de González, aunque participara en ella, se mostraba en su discurso público crítico hacia la lógica del consenso y, por tanto, parecía que cabía la posibilidad de atraerlo más a la izquierda⁴⁷. En la perspectiva de la ORT, el acercamiento al PSOE servía no sólo para tratar de que sus posturas tuvieran alguna repercusión en el Parlamento, sino también para ampliar su espacio político debilitando PTE y PCE⁴⁸. Los socialistas, por su parte, utilizaban los contactos con la organización en el marco de una línea más general dirigida a afirmar su posición hegemónica en la izquierda, tanto a través del desgaste del PCE como mediante la consecución del apoyo de partidos minoritarios y su progresiva incorporación⁴⁹. Las relaciones tomaron cuerpo en encuentros bilaterales, declaraciones de recíproca solidaridad y celebración de algunos actos conjuntos. Se desarrollaron de forma bastante positiva, y así, en vísperas de las elecciones de 1979, la ORT creía que, una vez obtenidos escaños, habría podido establecer una estrecha colaboración parlamentaria con el PSOE. Con esa idea, allí donde no presentaba candidaturas propias para el Senado dio incluso indicaciones de votar al partido de González⁵⁰.

El interés de la organización por la política institucional en la etapa del consenso se tradujo, sobre todo, en un intento de influir en la redacción de la carta fundacional. Con esta finalidad, en octubre de 1977 difundió un documento en que exponía las que consideraba debían ser las bases de una Constitución democrática, y en febrero de 1978 elaboró treinta y siete enmiendas al anteproyecto constitucional, que envió a los partidos parlamentarios con la esperanza de que las tomaran en consideración. Además, creó apósitos grupos de trabajo y promovió un debate constante tanto mediante eventos públicos como en sus órganos de prensa.

⁴⁷ Santos JULIÁ: *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 469 y ss.

⁴⁸ «Circulares del CPM» (20 de octubre de 1977 y 19 de diciembre de 1978), AHFPI, ORT, sig. 5-3.

⁴⁹ Véase Abdón MATEOS: «El laberinto de los socialistas», en Rafael QUIROSA (ed.): *Historia de la Transición. Los partidos políticos*, Madrid, Biblioteca Nueva, en prensa.

⁵⁰ «Festival de solidaridad ORT-PSOE», *EL* (26 de octubre de 1977); «Entrevista Felipe González-José Sanroma», *EL* (17 de enero de 1979), y «V Pleno del CC» (enero de 1979), AHFPI, ORT, sig. 6-19.

Según la ORT, la Constitución habría debido presentar un carácter «abiertamente antifascista». Eso significaba «barrer hasta la última supervivencia institucional del régimen anterior», lo que implicaba, por un lado, limitar lo más posible «la fuerza política de la oligarquía, clase responsable de la llegada del fascismo al poder y de su mantenimiento», y, por el otro, garantizar el «protagonismo y la influencia política en el Estado por parte del proletariado y del pueblo». En concreto, estos principios se traducían, por ejemplo, en la reivindicación de la forma-Estado republicana y del derecho a la autodeterminación para las nacionalidades. Además, la ORT condenó el hecho de que la propiedad privada y la libre iniciativa empresarial encontraran amparo en la carta fundacional, porque eso equivalía a una constitucionalización del sistema capitalista. Por el contrario, el partido creía que se debía atribuir mayor importancia a la intervención estatal en la economía y, sobre todo, aspiraba al reconocimiento de la posibilidad, para los trabajadores, de ejercer un «control democrático» y participar en la dirección de las empresas públicas⁵¹.

Para la ORT, en suma, la Constitución habría debido superar en parte el marco de un régimen liberal y realizar, bajo otra forma, aquella ruptura que no se había logrado anteriormente. Hasta el verano de 1978, por tanto, el partido criticó ásperamente el proyecto constitucional, juzgando que no recogía los anhelos progresistas de las masas, y junto a los Pactos de la Moncloa, troncaba el proceso de emancipación de las clases populares empezado con la lucha al franquismo. Sin embargo, desde agosto cambió radicalmente su postura y, en el referéndum, optó finalmente por el sí a la Constitución, al igual que el PTE, mientras otros grupos de la izquierda comunista, como el MC y la trotskista Liga Comunista Revolucionaria (LCR), mantuvieron una actitud de rechazo. La ORT, en sustancia, reconoció que el texto, a pesar de sus defectos, garantizaba una serie de derechos fundamentales (reunión y asociación, sufragio universal, etc.) de que los españoles habían sido privados durante décadas, y, por tanto, marcaba una victoria, aunque parcial, contra los intentos de continuismo: «Esos derechos —afir-

⁵¹ «Bases para la elaboración de una Constitución democrática» (octubre de 1977), AHFPI, ORT, sig. 10-12; «Valoraciones y enmiendas al Anteproyecto de Constitución» (febrero de 1978), AHFPI, ORT, sig. 5-12, y José M. ROCA: *Poder y pueblo...*

maba Sanroma en un mitin— nos sirven para forjar más la conciencia obrera y popular, para organizarnos más y mejor. Y ésas son dos armas fundamentales»⁵².

La aceptación de la Constitución se enmarcaba en un cambio de rumbo que la práctica política de la ORT había experimentado desde la mitad de 1978, moviéndose hacia posturas más moderadas. El viraje se fundaba en la admisión, por lo menos por parte del equipo dirigente, de que ya quedaban descartadas las posibilidades de alcanzar, a corto-medio plazo, transformaciones institucionales y socioeconómicas más profundas. Influyeron la escalada terrorista y los primeros intentos de golpe, que evidenciaron a la dirección del partido la necesidad de consolidar las libertades conquistadas hasta entonces, en lugar de contribuir a una deslegitimación de la naciente democracia que favorecía sobre todo las ambiciones involucionistas. Además, en la óptica de convertirse en una fuerza parlamentaria, la organización consideró que para ampliar las filas de sus electores resultaba más conveniente hacer hincapié en objetivos inmediatos, reservando las consignas revolucionarias a los acólitos. Así, ante las elecciones de marzo de 1979, en el discurso público del partido desaparecieron, por ejemplo, las reivindicaciones republicanas⁵³. Cabe mencionar que la organización también había ingresado en el Movimiento Europeo, convirtiéndose en el primer PC en hacerlo⁵⁴.

A comienzo de 1979, con la idea de presentar una nueva imagen pública, Sanroma había incluso declarado a *El País* que prefería que la ORT no fuera definida radical, o de extrema izquierda, dado que dicha caracterización resultaba perjudicial y podía conllevar «des crédito». Por su parte, la calificaba como una opción de «izquierda decidida y responsable»⁵⁵. Efectivamente, el partido había ido adoptando una praxis que, aunque basándose en una actitud contestataria y combativa, sobre todo en el ámbito económico y en la

⁵² José SANROMA: «Sí a la Constitución y seguir avanzando», en *id.*: *La política de los comunistas en el periodo de transición*, Madrid, Escolar, 1979, p. 151; *id.*: «Una perspectiva de avance», *EL* (4 de octubre de 1978), y «La Constitución de 1978», AHFPI, ORT, sig. 10-12.

⁵³ «V Pleno del CC» (enero de 1979), *cit.*, y «Programa electoral de ORT», *EL* (14 de febrero de 1979).

⁵⁴ «La ORT ingresa en el Consejo Federal Español del Movimiento Europeo», *EL* (23 de agosto de 1978).

⁵⁵ «La Organización Revolucionaria de Trabajadores no se considera de extrema izquierda», *El País* (14 de febrero de 1979).

defensa de los derechos políticos y civiles, fue perdiendo una carga propiamente antisistema. Según las palabras del mismo secretario general, se dejó de plantear «una lucha por la democracia que formalmente superase el marco democrático-burgués» porque «hacerlo de otro modo» no hubiera tenido «ningún sentido práctico»⁵⁶.

Sin embargo, al cambio actuado por la ORT en su práctica política no correspondió una reelaboración de su marco ideológico. La identidad marxista-leninista-maoísta y sus dogmas nunca fueron puestos en discusión y se siguieron defendiendo conceptos como la dictadura del proletariado. Se mantuvo intacto también el mito de la República Popular China incluso después de que, a raíz del agotamiento de la larga ola del 68 y de la muerte de Mao, había empezado su declive definitivo en Europa. De hecho, la invocación a la lucha contra el revisionismo constituyó siempre una constante en los materiales del partido. La ortodoxia funcionaba como factor motivacional y de cohesión. Se vino a crear, por tanto, «una dicotomía entre política oficial y política real», entre referentes teóricos y actuaciones concretas.

Hay que subrayar que esta dualidad fue el producto de decisiones tácticas que la dirección, en muchos casos, había tomado autónomamente y de forma repentina e improvisada, sin contar con el respaldo de la base. Buena parte de ésta, en primer lugar, no entendió el súbito cambio de postura respecto a la Constitución, lo que causó algunos abandonos. Otra fuente de perplejidad en la militancia fue la gran campaña desplegada contra el terrorismo, dado que implicaba una legitimación sustancial del orden burgués y llevaba a la ORT a organizar convocatorias al lado no sólo de PSOE y PCE, sino también de UCD. En general, en las bases surgieron voces que juzgaban excesiva la preocupación por la política institucional y la consecuente exigencia de presentar una imagen responsable, invitando a potenciar la lucha extraparlamentaria⁵⁷.

⁵⁶ «Informe de J. Sanroma al II Congreso de ORT» (28-30 de junio de 1979), AHFPI, ORT, sig. 5-7.

⁵⁷ El «estilo de dirección autoritario» fue reconocido por el propio Sanroma. Varias ponencias (véase, por ejemplo, la de Eduardo Gutiérrez) señalaron estos puntos de discrepancia de la militancia en el «Congreso Extraordinario del PT» (julio de 1980), AOPTE; «II Pleno del CPM» (23 de julio de 1978), AHFPI, ORT, sig. 10-7, y entrevista a J. Barrientos, cit. Sobre la persistencia de los dogmas marxista-leninista-maoístas, «Congreso de unificación PTE-ORT. Bases ideológicas y políticas» (mayo de 1979), AOPTE.

La dicotomía de la política de la ORT, extrema manifestación de la doble tensión incluyente y excluyente, era un síntoma evidente de que su pretensión de «construir el presente y el futuro del partido marxista-leninista en la democracia burguesa española del final de los años setenta no tenía un proyecto estructurado táctica y estratégicamente»⁵⁸.

La crisis del partido se abrió a raíz de las elecciones generales del 1 de marzo de 1979, que tumbaron sus esperanzas de conseguir representación parlamentaria. La organización, con su 0,71 por 100, registró sólo un leve incremento respecto a 1977 situándose, entre los otros grupos de la izquierda comunista, detrás del PTE (1,07 por 100). A los problemas políticos se añadieron los económicos, debidos a las grandes deudas contraídas para financiar los gastos electorales. Los resultados de las municipales de abril, que dieron a la ORT 107 concejales y la alcaldía de Aranjuez, no podían esconder que la trayectoria del partido había llegado a su fin. El PT, fruto de la fusión con el PTE realizada en julio, representó un último y tardío intento de supervivencia que no logró configurarse como un modelo renovado y alternativo de partido, tanto que acabó disolviéndose al cabo de un año⁵⁹.

Conclusiones

Las organizaciones radicales subrayaron demandas desatendidas que subyacieron al proceso de configuración de los pactos fundacionales de la España actual, pugnando por ampliar a la izquierda el campo de lo posible⁶⁰. Sin embargo, dichos grupos, que habían contribuido notablemente a la politización de las nuevas generaciones y a su movilización contra la dictadura, en el tránsito hacia una democracia parlamentaria acabaron desapareciendo u ocupando posiciones marginales. En efecto, no lograron remodelar sus coordenadas ideológicas y prácticas, en un contexto en que

⁵⁸ «Informe de J. Sanroma al II Congreso de ORT», cit.

⁵⁹ El tema ha sido tratado recientemente por Ramón FRANQUESA: «Estabilización del nuevo régimen y autodisolución», en José L. RAMOS (ed.): *Pan, trabajo...*, pp. 299 y ss.

⁶⁰ Ricard MARTÍNEZ: «A la izquierda de lo posible. Las organizaciones revolucionarias durante el tardofranquismo y más allá», en Javier TÉBAR (ed.): *Resistencia ordinaria*, Valencia, PUV, 2012, pp. 147-157.

la adhesión a identidades propiamente antisistema encontraba un apoyo reducido⁶¹.

En concreto, la ORT, coherentemente con su idea de las masas, sobrevaloró las posibilidades tanto de ruptura, como de poder desarrollar una oposición a la lógica del consenso eficaz y que se tradujera también en la conquista de un espacio electoral a la izquierda del PCE en el ámbito político y de CCOO en el sindical. Al mismo tiempo, la aplicación constante del principio de la lucha ideológica, y el consecuente sectarismo, impidieron que uniera sus fuerzas con el PTE u otros grupos más o menos afines, capitalizando recursos en la fase crucial de la Transición.

A nivel teórico, la ORT nunca cuestionó la ortodoxia marxista-leninista-maoísta. Tuvo que hacer frente, por tanto, a la imposible exigencia de derivar de dicho corpus dogmático indicaciones válidas para la acción en un sistema sociopolítico de corte occidental, cultivando aspiraciones institucionales. Como resultado, el partido se encontró desorientado, sin un proyecto definido, lo que llevó a una contradictoria bifurcación entre su dimensión ideológica (que consideraba las libertades democráticas como un medio) y su práctica política (que, implícitamente o menos, las fue reconociendo como un fin en sí mismas). El PTE, aunque menos ortodoxo, presentó la misma ambigüedad de fondo. En cambio, otros grupos de la izquierda comunista, MC y LCR, siguieron un camino opuesto bajo dos aspectos: por un lado, como demostró su rechazo a la Constitución, no proporcionaron legitimidad al nuevo sistema; por el otro, fueron esfumando su carácter propiamente marxista-leninista, y en lugar de centrarse en la política institucional dirigieron su atención hacia los nuevos movimientos sociales. De esta forma, y promoviendo también un proceso de acercamiento entre sí, lograron seguir su actividad durante toda la década de los ochenta⁶².

Las dificultades experimentadas por la ORT se enmarcaban en un fenómeno más general: la crisis del comunismo, que había ido creciendo desde 1956 y estaba entrando entonces en su recta final.

⁶¹ Víctor PÉREZ DÍAZ: *Clase obrera, partidos y sindicatos*, Madrid, FINI, 1979, y José M. MARAVALL: *La política de la Transición*, Madrid, Taurus, 1985.

⁶² Ricard MARTÍNEZ: «La LCR más allá del franquismo», *Viento Sur*, 115 (marzo de 2011), pp. 64-71, y Josepa CUCÓ GINER: «Recuperando una memoria en la penumbra. El Movimiento Comunista y las transformaciones de la extrema izquierda española», *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 73-96.

Las nuevas izquierdas no lograron proponer un modelo alternativo viable. A este propósito Furet ha afirmado que el maoísmo, con su «estalinismo antisoviético» y su pretensión de revitalizar la cultura comunista volviendo a la observancia de los postulados doctrinarios originarios, constituía una manifestación «del ocaso del marxismo-leninismo», no de «su renacimiento»⁶³. Los problemas intrínsecos a los intentos de refundar la cuestión comunista sobre nuevas bases se hicieron evidentes no sólo en los partidos pertenecientes a las corrientes de las nuevas izquierdas, sino también en el PCE, cuyo experimento eurocomunista se concluyó con la desmembración del partido del antifranquismo.

Después de la disolución del PT, algunos miembros de la ORT pasaron al PCE, mientras que muchos abandonaron la militancia. En Navarra, el declive de la organización coincidió con el crecimiento de Herri Batasuna, que desde el comienzo de los ochenta dominó allí el campo de la izquierda *abertzale* y radical⁶⁴. Además, cabe subrayar que un número conspicuo de dirigentes de la ORT se integraron en el PSOE ya a partir de 1980, llegando a ocupar cargos públicos. Fueron los casos, entre otros, de Francisca Saucillo, Manuel Guedán, Cristino Domenech, Ángel Acevedo y Pilar Lledò Real⁶⁵. Abandonado el maoísmo, la tensión incluyente prevaleció definitivamente. El ingreso en las filas socialistas de José Sanroma en 1990, a raíz de la caída del muro de Berlín, simbolizó que para la izquierda, en España y en el mundo, se abría finalmente una nueva época.

⁶³ Françoise FURET: *El pasado de una ilusión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995.

⁶⁴ Andrés VALENTÍN GONZÁLEZ: «Materiales para un mapa electoral de Navarra», *Reis*, 51 (1990), pp. 121-170.

⁶⁵ Véase «Militantes de la ORT pasan al PSOE», *El País* (4 de febrero de 1982).